

## TIM INGOLD: HACIA UNA CIENCIA DE LA VIDA

Tim Ingold es antropólogo de profesión y violonchelista amateur. Nació en 1948 en Inglaterra. Su padre fue botánico, interesante dato, pues era un biólogo que no pasaba la mayor parte de su tiempo haciendo modelos o encerrado en un laboratorio, sino que recolectaba y estudiaba plantas en el campo. Ingold obtuvo sus títulos en la universidad de Cambridge, siendo su tesis doctoral sobre los criadores de renos *Skolt sami* en Lapland, norte de Finlandia. Finlandesa es su esposa, Anna, con quien tiene cuatro hijos. Ingold se desempeñó como docente en las universidades de Helsinki, Cambridge y Manchester. A comienzos de este siglo se mudó a Escocia donde fundó en 2002 el Departamento de antropología de la Universidad de Aberdeen. Es miembro de la British Academy y de la Royal Society of Edinburgh.

Una de las características centrales de su planteo es el cuestionamiento radical a la dicotomía naturaleza/cultura sobre la cual se construye el edificio de la antropología actual. Su intento de disolución continuará, afirmando que debemos redefinir las disciplinas que estudian lo humano. Por ende intentará también diluir las dicotomías entre la psicología (como enfoque privilegiado de un individuo autónomo) y la sociología (como el estudio de la asociación de lo específicamente humano), así como entre la ciencia (solo dedicada a descubrir lo que sería real) y el arte (destinada a explorar aquello del mundo que correspondería a la imaginación y la fantasía).

En el caso de la antropología, Ingold ha realizado un esfuerzo para volver a abrir un diálogo entre las diferentes subdisciplinas que refieren a lo social/cultural, lo biológico y la arqueología. La antropología no sería el estudio de la cultura pues, si bien ésta ha sido centro de debate, debe entenderse que eso no la constituye en el “objeto de estudio” sino antes bien en la pregunta misma de la disciplina, ya que explicar la variabilidad cultural por la cultura sería una tautología. La cultura es entonces, y debería ser para todos nosotros, una pregunta por la variabilidad y no su respuesta. Pero tampoco la antropología sería el estudio del Hombre o de la humanidad. El desafío de Ingold es el de abordar el estudio de los humanos no como objetos fuera del mundo, sino como inmersos y constituyendo el mundo. Entonces lo que debemos abordar es el estudio del humano inmerso en lo que los fenomenólogos habitualmente han definido como “mundo-vida” y lo que Ingold denomina “medioambiente”. Desde su perspectiva, los humanos nos hemos convertido en “ex-habitantes” de la tierra, expulsados



del mundo. Semejante expulsión es condición, entre otras cosas, de la fragmentación entre las ciencias (sociales y naturales) y en una concepción que distingue entre la cultura (humana y relativa) y el ambiente (objetivo y correspondiente a lo no-humano). Un lugar imaginario (pero que termina creando realidad) en dónde el ambiente sería la superficie del globo y los humanos estarían eventualmente posados sobre él. En dónde el mundo sólo está para ser administrado por los humanos. Esta fractura impediría dimensionar el sentido de la vida de los humanos en términos de habitar el mundo, y ante todo impide la posibilidad de considerar que los humanos somos “in-habitantes” en el mundo.

Se supone que la vida es estudiada por la Biología. Ingold estará de acuerdo, siempre y cuando esta vida no se reduzca a un componente especificado mediante su lugar en los árboles genéticos de la biodiversidad del planeta, y donde la vida sólo esté dentro de una cadena de ADN. Según Ingold, y en consonancia con sus pares provenientes de la *Developmental System Theory*, lo orgánico no puede ser cerrado o limitado, pues se despliega constantemente en movimiento como una línea que crece y avanza hacia cualquier sendero posible enlazándose con otros organismos-línea. Así, vivir es una línea que avanza sin especificidad de forma siempre improvisada y mezclada.

No confundir biología con genética, nos advierte el autor, pues esta última sería sólo una rama de la primera. Tenemos también aquí un giro fundamental en cuanto a la concepción de la ciencia y sus divisiones. Los antropólogos hemos oscilado entre aceptar la disciplina como una rama de las ciencias naturales (subordinándonos a los principios epistemológicos de ésta) o rechazar de plano las ciencias naturales (fundamentando entonces una especificidad y autonomía radical de lo social frente a lo orgánico). Ambas posiciones son reduccionistas: una biológica-genética y la otra socio/cultural. Ahora bien, Ingold plantea la necesidad de que las ciencias naturales y las sociales vayan juntas. Pero este nuevo diálogo implica reformular qué es lo orgánico. Así, los organismos no-humanos tienen mucho en común con los humanos, pero no porque lo cultural pueda reducirse a lo biológico sino porque ambos van juntos y sin establecer jerarquías. Por ello Ingold no tomará como verdad los planteos de las ciencias naturales para luego aplicarlos a las ciencias sociales, sino que redefinirá la propia noción de organismo y de medioambiente. Solo así es posible un diálogo entre las ciencias sociales y las naturales sin que una se subordine a la otra.

Si propone a la vida como un constante devenir, su obra también lo es,

pues siempre está modificando algo de su posición. Sin embargo, posee una serie de presupuestos básicos que consideramos están presentes en la traducción que aquí presentamos, y que corresponde a la idea de que más que buscar la complementariedad de innumerables disciplinas y especialidades cada vez más rígidas, necesitamos obviar estas distinciones y volver a pensar un mundo en conjunto. Pero este conjunto no se inscribe en el positivismo del Siglo XIX ni en el de una unidad romántica de la naturaleza.

La Antropología del Siglo XIX no tenía demasiadas subespecialidades y el estudio de la cultura (simbólica y material) se desarrollaba junto al estudio de lo biológico. Su problema era el racismo, ya que implicaba de una u otra forma una unidad entre raza y cultura. Una salida, que se substancializó hacia la segunda mitad del Siglo XX fue la división entre Antropología social, biológica y arqueología. Así, lo cultural o social cobraba independencia de lo biológico y, luego, las variantes de la antropología social y cultural se unirían a la sociología y la historia, mientras la antropología biológica se uniría a la biología. Finalmente, alguien uniría todo, pues tarde o temprano estas subespecialidades serían complementarias unas de otras. Lo que Ingold asume en este artículo es el fracaso de ambos proyectos, el de la Antropología del Siglo XIX y el del XX. La salida no sería buscando nuevas formas de complementariedad ni una unidad positivista subordinada a las ciencias naturales, sino obviar todo ese debate, que en su opinión estaría estancado, y avanzar hacia una ciencia de la vida, en dónde lo biológico no sea una reducción a la genética, y la cultura no sea algo extra-orgánico independiente de nuestra corporalidad.

